Un pacto regional por la ciencia

ÁNGEL FERRÁNDEZ IZQUIERDO/

La Verdad, martes 16 de marzo de 2004

El pasado 5 de marzo, y con motivo de la celebración de la apertura del curso 2004 de la Academia de Ciencias, tuve la ocasión de proponer a nuestra administración regional la firma de un pacto local por la Ciencia. La idea y el momento, aunque nada originales, venían muy motivados por hechos precedentes, de gran repercusión nacional e internacional, tan recientes que merecía la pena hacerse eco de ellos. En realidad, la coincidencia o simultaneidad de todos ellos no es más que la reiteración del permanente grado de sintonía inherente a los hombres y mujeres de Ciencia.

El antecedente esencial era el Pacto de Estado por la Ciencia, un documento que, promovido por diez eminentes científicos españoles -como portavoces de toda la comunidad científica nacional- está motivado por la nula contribución española a los grandes hitos científicos y tecnológicos de los últimos veinte años. La base de la propuesta es tan simple como rotunda: apostar por la Ciencia es apostar por el futuro. Y esa preocupación comprometida del mundo científico con el futuro de España no se asume por parte de la clase política. El objetivo fundamental es, pues, ejercer un nuevo intento de concienciación hacia nuestros administradores de que la bonanza económica que atravesamos podría ser un mero espejismo si no se ponen los cimientos sólidos para que esta nación, que parece ser la octava economía mundial, se encuentre entre los grupos que diseñarán el futuro.

La alarma está sonando repetidamente estos días, con advertencias como la del Dr. Lozano, el pasado viernes 27 de febrero, en Ciencia o precipicio; del Dr. Vicente Soler, en Investigación: invertir en calidad, del viernes 12 de marzo, ambos en La Verdad; o en El País Semanal, de 14 de marzo, donde dieciocho científicos de élite opinan acerca de cómo salir del retraso científico en la próxima década.

Me obsesiona la idea de convencer a alguien de que la Ciencia debería situarse al máximo nivel de la financiación pública y servir como parámetro de medida del bienestar social y económico de una región o país. Un repaso a las hemerotecas serviría de testigo de que, desde comienzos del año 2000, vengo insistiendo en estos aspectos y advirtiendo, con cierto pesimismo, de que nuestra consideración de región pobre lo puede seguir siendo por el escaso aprovechamiento de los fondos europeos.

Los científicos españoles, en conocimiento y capacidad de trabajo, gozan de una altísima consideración, pero su repercusión internacional, salvo muy destacadas excepciones, es muy limitada por la falta de medios. Nuestros jóvenes, formados aquí, sobresalen en los laboratorios extranjeros de excelencia, pero regresan en precario y sufren una desesperante parada de su carrera, con lo que la rentabilidad de la inversión realizada en su formación cae en picado. Y en ellos está el futuro.

A sabiendas de que, lamentablemente y una vez más, el Pacto de Estado por la Ciencia va a quedar como mero testimonio, esta región podría convertirse en referente nacional si fuese la primera comunidad autónoma en suscribir un Pacto Regional por la Ciencia. Los agentes comprometidos en el acuerdo serían la administración regional, por un lado, y las universidades públicas y centros públicos de investigación, por otro. Los puntos de compromiso serían: (1) aceleración de los trámites para la puesta en marcha de los parques Científico de Murcia y Tecnológico de Cartagena; y (2) creación de tres centros de investigación de referencia respondiendo a los nombres de Biomedicina Aplicada, Química Fina y Diagnóstico Genético (éste en sus tres vertientes humana, animal y

vegetal). La financiación correría a cargo del Plan Regional de Ciencia y Tecnología 2003-06, que se acaba de poner en marcha, y de capital privado.

Este región dispone de un enorme potencial en las áreas a las que me acabo de referir, donde, como ejemplo ilustrativo, y no es la primera vez que lo hago, me atrevo a aventurar la producción exitosa de medicamentos genéricos. Conviene recordar, además, que cuando se aprobó el Plan Regional, allá por mayo de 2003, la inversión estimada rondaba los 850 millones de euros, de los que distrayendo apenas un 10% se pueden imaginar lo que permitiría hacer en construcción y equipamiento. Puesto que los equipos humanos existen, habría que poner a su disposición eficientes gestores -que también los tenemos- para liberarles de burocracia. Como acertadamente decía el Dr. Murillo, un Mariano Barbacid a la murciana sería de gran ayuda para realizar estos menesteres.

Sea como fuere, iniciativas de este tipo son necesarias y merecerán el aplauso social en cuanto que supondrían la generación de ese clima de confianza que el sector privado siempre demanda del público. Pocas pruebas hay que aportar para llegar al convencimiento de que invertir en Ciencia es invertir en progreso, en cultura y en bienestar social. Y quienes estamos íntimamente convencidos de ello nos cabe la responsabilidad de insistir sin desfallecimiento en esa demanda.

Ángel Ferrández Izquierdo es presidente de la Academia de Ciencias de la Región de Murcia